

tida á la Santa Alianza, que se creía capaz de dominar hasta América. Los españoles emprendieron contra la Santa Alianza su revolución, que en tres años de vida sacudió á Grecia y derramó los gérmenes del sistema constitucional en Italia. Pues en 1854 la política napoleónica estaba en su cénit; y nosotros, á pesar de esta política, que influía hasta sobre Inglaterra, produjimos una revolución liberal, como más tarde en 1868, cuando ningun pueblo se movía, nosotros realizamos nuestra revolución anti-dinástica, cuyos incidentes y complicaciones derribaron el poder dictatorial de los Césares en París, y el poder político de los Pontífices en Roma.

La revolución de 1854 dió este resultado: organizar en toda la Península el partido republicano. Llamábase democrático por esculpido respeto á las leyes; mas era un partido esencialmente enemigo de toda monarquía. Así lo dijeron sus jefes, cuando en las Cortes de aquella época votaron, no solamente contra la dinastía de los Borbones, sino también contra todo poder hereditario y permanente. La expansión que tomara en este tiempo la nueva idea fué inmensa. Periódicos dictados por la fé más pura, escritos en arrebatadora elocuencia, de combate contra los partidos reaccionarios, de propaganda pertinaz y atinadísima; exaltados y urbanos, sábios y amenos, valientes y respetuosos, populares y literarios, fueron á un tiempo focos de luz y núcleos de organización. Las cátedras ganadas en rigurosas oposiciones académicas, por discípulos de las nuevas ideas, contribuían poderosamente á la difusión de la luz. Merced á ellas tomó la historia un sentido progresivo y humano; despojáronse las tradiciones patrias de su carácter monárquico y revistieron á la luz de la nueva ciencia carácter democrático; y la filosofía proclamó la razón humana como el criterio supremo para indagar y aprender la verdad. La tribuna, aunque á un solo orador entregada, secundó el movimiento de la prensa y de la cátedra.

Un partido, fuertemente organizado, surgió revelándose en todas las manifestaciones de la vida pública, adquiriendo dentro y fuera de la ley extraordinaria pujanza. La dinastía de los Borbones conoció que aquella infusión de ideas transformaba la pública conciencia y que aquella transformación de la pública conciencia traía indefectiblemente las explosiones revolucionarias. Persiguióse á la imprenta, y la imprenta mantuvo con prodigioso heroísmo su bandera bajo el peso de multas enormes, y entre las angustias de encarecimientos continuos. Persiguióse á la tribuna, y los electores convinieron en el retraimiento de la vida legal y notificaron á los poderes públicos la decisión de apelar á los recursos extremos de las revoluciones. Persiguióse á la cátedra, y la cátedra continuó vertiendo sus torrentes de idea y educando las jóvenes generaciones para la libertad. De esta acción y de esta reacción; del empuje de unos y de la resistencia de otros; de la propaganda tenaz y de las continuas excomuniones, resultó lo que siempre resulta en los pueblos latinos cuando una idea se condensa y el poder la oprime, resultó una revolución. Y esta revolución comenzada en 1856, no triunfó hasta 1868. Tuvo su período de preparación larguísima, en que los republicanos ejercieron, sin darse punto de reposo, tenaz apostolado. Tuvo su día de explosión, el 22 de Janio de 1866, en que los republicanos combatieron por todas las calles de Madrid, manteniendo, acompañado de los progresistas, una batalla de veinticuatro horas. Tuvo después de esta batalla su época de represión, en que los republicanos vencidos, sellaron, ya con sangre de sus venas en los campos, ya con dolores de su alma en el destierro, la inquebrantable fidelidad á la República. Tuvo su día de victoria, el 29 de Setiembre de 1868, en que la dinastía huyó y vinieron á ser fórmulas de nuestra política tres principios esencialmente republicanos: la soberanía de la nación, los derechos del individuo y el sufragio universal.

Tuvo el movimiento revolucionario, después de sus épocas anteriores, la época última, la época de la organización, la época de las afirmaciones, 1868. ¿Cómo un movimiento de carácter democrático, y por consiguiente de tendencias anti-monárquicas no llegó á la república? Hubo para esto varias causas. Primera: la revolución que estallara tantas veces no triunfó, sino cuando cooperaron á ella hasta los elementos conservadores, y los elementos conservadores exigieron que se respetase la antigua forma monárquica, sabiendo que con la antigua forma monárquica adquirirían su histórico predominio. Segunda: en el constante apostolado republicano habíanse defendido en público la soberanía nacional, los derechos individuales y el sufragio universal. Pero la forma republicana solo había sido difundida en secreto. A los pueblos llegó la propaganda pública, pero no llegó la propaganda secreta, exigieron lo que conocían, la esencia de nuestras ideas, y no exigieron lo que ignoraban, la forma de nuestro gobierno. Tercera: en los pueblos latinos, pueblos de inspiración, es necesario para implantar una idea, proclamarla en los días primeros, en los momentos supremos de las revoluciones que son los momentos creadores. La palabra república no fué pronunciada por ninguna junta, y se malogró la república. Cuarta: los republicanos se dividieron. Unos creían que, adquiridos los principios esenciales á toda democracia, era indispensable aceptar la monarquía. Otros creyeron que nada se alcanzaba, si no se alcanzaba también la república. Quinta: la revolución fué en parte militar y los generales, que la guiaron temieron dos cosas: que la república fuera contraria al ejército en lo interior y que en lo exterior alarmara á las monarquías de Europa. Todas estas causas contribuyeron á que la revolución de Setiembre sustituyera una monarquía con otra monarquía, que no llegara como sus antecedentes lo exigían á una verdadera república.

Pero el partido republicano cumplió como

bueno. Desmembrado, combatido por todos los elementos revolucionarios que habían alcanzado el poder; calumniado en sus intenciones más puras y en sus hombres más íntegros; constreñido, después de provocado á batallas campales en Málaga y en Cádiz; proscrito de una revolución á la cual en primer término contribuyera con todas sus fuerzas, fió en la virtud de su idea, en la fuerza de su palabra logrando que las ciudades, centro de cultura, residencia de las Escuelas, colmenas del trabajo, defensoras y propagadoras de las grandes ideas, se ligaran con lazo indisoluble á la república.

Imposible decir toda la actividad en esta obra empleada. La palabra obró milagros. Multitud de oradores recorrieron calles, plazas, aldeas, caseríos, campos, difundiendo los principios republicanos. Un febril entusiasmo se apoderó del pueblo. Las provincias recordaron sus antiguas glorias, y sintieron que podían renovarlas en las nuevas esferas abiertas á la actividad humana, si llegaban á tener gobiernos ocupados en el espíritu moderno. La idea de que á los lazos creados por la conquista militar, ó por la herencia monárquica, debían añadirse los lazos creados por la libertad, más fuertes y más estrechos, porque nacían del asentimiento popular, esta idea corrió la celeridad de la luz. Sintióse conmovido Portugal, y los corazones patriotas abrigaron la dulce esperanza de que la península podía ser una, como su cielo y su tierra; la raza ibera una, como su sangre y su historia, hermanándose sobre estas dos bases, sobre la república y sobre la democracia. Lo cierto es que, á pesar de las maniobras del gobierno, á pesar de la influencia oficial, ochenta republicanos llegaron á las Cortes Constituyentes, enviados por las primeras ciudades de España, que todas con excepción de Madrid, se habían adherido á nuestro credo.

No me toca ciertamente á mí decir cómo cumplimos nuestro mandato. América y Europa conocen nuestros esfuerzos y los han

juzgado. Tócame solo desenvolver brevisísimamente el programa de nuestras ideas. Es sencillísimo. Francia por su posición geográfica, por su sangre, por su ingenio es el término medio entre las razas latinas, y las razas germánicas. Las fronteras del Este se confunden con las fronteras alemanas, sus mares del Norte, con los mares de Inglaterra, sus cordilleras del Mediodía con España y con Italia. No habiendo sido en el período de lucha entre el Catolicismo y la reforma, el pueblo francés un pueblo tan exaltado como nosotros, conservó por su Edicto de Nantes y su influjo sobre la paz de Westphalia, en la esfera religiosa el término medio que representaba en la esfera geográfica. Parecía que los primeros momentos de la revolución anunciaban, al proclamar los derechos del hombre y armonizarlos con el gobierno del pueblo, que Francia iba decididamente á conservar en política su carácter medio-germánico, medio-latino, siendo como intermediaria de las dos razas, en lo cual hubiera prestado inapreciables servicios á la humanidad y sus progresos. Mas bien pronto se cambió este carácter por aquella absurda centralización á que la obligaron sus guerras, y de que surgieron sus Césares. Francia fué la más centralizada de las naciones latinas. Así es que en la esfera política, nosotros, que hemos conseguido escapar en parte á la absorbente política de los Imperios; nosotros que dentro de la unidad guardamos variedad riquísima; nosotros que somos hasta en la administración muy liberales, debemos decir que en política reunimos á cualidades germánicas cualidades latinas, y que podemos fundar una república muy descentralizada sin peligro alguno de la unidad nacional.

Cada una de nuestras regiones tiene su historia aparte, y ha hecho aislada su prodigio; todas juntas constituyen una de las naciones más unidas de Europa. Y si no, cuando el extranjero ha venido, cuando ha tratado de herirnos en nuestra independencia, aunque fuera con el genio del primer Bona-

parte, porque perdiéramos las batallas campales de Ocaña, de Castiella, no perdimos la patria como otras naciones en Waterloo, en Austerlitz, en Jena, en Sedan; y cuando el conquistador entraba en Madrid, no entraba, no, en el corazón de la nacionalidad, y de consiguiente no paralizaba su vida.

Asturias solo pactaba con la Gran Bretaña; y su pacto era también el pacto de toda la nación. El alcalde de Móstoles, pueblo insignificante, declaraba el primero la guerra á Napoleón, y su declaración era la declaración de toda España. La campana de la aldea tocaba á rebato, y ponía la cólera contra el invasor en el corazón de los campesinos. Los desfiladeros se convertían en las Termópilas de innumerables espartanos. Las ciudades renovaban á Sagunto y Numancia. El cazador atrevido se trocaba en guerrillero, y el guerrillero hábil en general afortunado. Un ejército improvisado le seguía á la victoria ó á la muerte. La imagen de la nación estaba como siempre impresa en cada uno de sus hijos. Y esta imagen no se borra de las generaciones presentes. Así nadie puede temer jamás que España se reduzca á fragmentos, y que estos fragmentos sean como aereolitos perdidos y dispersos en la inmensidad. España es una por el consentimiento de todos los españoles. Pero España debe estar muy descentralizada por la naturaleza de su carácter, de su geografía y de su historia. Y la forma republicana se la impone precisa, necesariamente hoy si quiere unirse con el pueblo portugués, pequeño por su territorio, pero grande por su historia, con el pueblo portugués que retrocederá si vamos á la reacción, que nos seguirá si persistimos en la democracia, en la República, en la libertad.

La revolución de Setiembre llegó al cabo por su propia fuerza y por su propia virtud á la República, que estaba virtualmente contenida en sus dogmas. Ya contaremos sucesivamente los hechos capitales que trajeron tamaña transformación. Hoy solo nos

toca decir que contra la voluntad del mayor número de sus fundadores, de sus autores, la democracia proclamada en Setiembre ha venido á tomar lógicamente un organismo republicano. Y la revolución de Setiembre influyó con soberana influencia en Europa. Las esperanzas de todos los amigos de la libertad renacieron como en 1848. El partido liberal volvió á ocupar en Inglaterra el gobierno. La agitación republicana de

Francia tomó gigantescas proporciones. El emperador se vió obligado á ceder una parte de su autoridad á las Cámaras. Y todo el mundo vió que tras el trono histórico de Isabel II, se venían á tierra el trono cesarista de Napoleón III y el poder temporal de los Papas. El viejo continente entró en una crisis, á cuyo término está, no lo dudeis, la república universal, los Estados-Unidos formados por todas las naciones de Europa.